

GERMÁN PARDO GARCÍA

Colombia, 1902

HALLAZGO DE LA VIDA

Si escuchas un rumor como de muchos ríos confederados que descendieran por duros cauces hacia el mar unigénito; o un bajo ruido igual al de la zapadora larva cuando barrena su lento cárcamo, soy yo buscándote, vida, en tus construcciones plenarias y en tu resistencia de barro imperecedero. Todo mi ser muscular, óseo, te ansía y te asedia. Mi sangre en ti desemboca por térmicos estuarios y se confunde con tus materias grises y con los núcleos celulares que distribuyes en los ojos de los albatros y en las hiedras. Como una roca trabajada por el mar desde hace siglos, siento desprenderse y fluir líquidos bloques de un talud interior que se desintegra. Encerrado entre venas y rojos estambres de caudal impelente, oigo sufrir frenéticos residuos de cosas soñadas por mí fuera del tiempo. Son mis volúmenes abstractos, mis apariciones trucas o eslabonadas a mis sacrificios, mientras escombros originales arden en la oscuridad como dorados combustibles. Y si miras crecer ávidas varas con raíces y musgos antropomorfos, es mi substancia, vida, que anticipándose a las transformaciones, se vuelve vegetal para ceñirte como lo hacen las fibras en la selva, abrazándose a ti con ansiedad de tribus del subsuelo; con su pasión feraz y su exterminadora vigilia de pueblo vertical que no descansa, levantando los verdes muros de una ciudad batida por el aire y encadenada al trueno, que en las tinieblas desploma sus ruinas de carbón apagado.

Te busco, vida, con mi actitud frontal y opuesta al viento divisor. Con mi profundidad de mina que no ama, pero que aloja un mundo de sorda maravilla. Con mis grandes y tempestuosas superficies de nieve habitadas por corpulentos osos blancos. Con mi rostro de monolito que yacía sepulto y volvió de los senos de la tierra con un dolor incógnito tallado en las miradas. Y te busco en las espirales de niebla que suelen adherirse a las cúspides rocosas como el pensamiento de un hombre purificado por las alturas, y pasar ante el sueño de los pájaros y el nivel natural de las lagunas, con lentitud de espuma de la brisa que conduce en sus iris migratorios el molde sin orillas de un espíritu.

Quiero ser por ti, vida, no el arbusto desarraigado que la potencia del terreno viste de oscuro esparto y corrosiva lama. Débil en él la luz se crucifica y las evoluciones geológicas se pudren en su palidez de falsaria flor. Deseo la raíz nervuda como brazo sagitario; tronco toral guardado por sólida corteza; ramas donde las hojas proclamen la jerarquía del bosque y punta imanadora de infinito, para atraer la furia del sol, los diques de las nubes y el silencio de formas adorantes sumidas en los cúmulos nocturnos.

Si es necesario, vida, que para hallarte forme de la nada sitios en donde exista mi propia primavera, desde mi autónomo continente puedo crear hosco universo con mares agresores circundándole; canteras como torsos contraídos; estructuras de sal atormentada, y un comienzo de hundida primavera comunicándoles desde abajo a las cosas agobiador poder.

Si he de invocar el otoño benévolo para hallarte, me basta alzar los ojos y las primeras hojas amarillas entregan al mundo las claves de sus mustios labios. El otoño ha estado siempre conmigo, vida. En él te puedo hallar. En él te ansío ver. En él te quiero oír. Hay una indisoluble consonancia entre el otoño y mi espíritu. Entre el otoño y yo no fluye el tiempo ni se destiñen sus azules linos. En el otoño amé a una mujer magnánima que se alejó de mí bajo sus nubes. He leído en él como en un cuaderno de antiguas estampas muchas profundas cosas del alma y de la tierra, y he escrito en el otoño suaves palabras transparentes que tal vez alguien recuerde un día después de mí.

Para encontrarte, vida, exploro no ya tus tiernas semejanzas en que mis dedos tocan tu madurez como en la carne de la vid sino las partes ásperas, las primitivas zonas donde el estaño y el granito sueñan con la hermosura orgánica del hombre. Orbe misterioso que siempre me ha llamado desde su angustia física, haciéndome señales con su luz de carburo; incitándome a amarle con sonidos menores, y descubriendo su magnitud yerta, que algo tiene de trágico y divino.

Te busco hasta en la muerte que gobiernas con el orden total de tus designios. Oh, multiplicadora de todos los números. Oh, cantidad indivisible. Mas, ¿qué pueden, respóndeme, los ébanos mortuorios contra la eternidad de tus criaturas? y la disgregación de las moléculas, ¿qué puede, respóndeme, contra la fuerza de tus vínculos?

No he podido mirarte pues te ocultas debajo del enigma de tus máscaras. Un día en la ribera de un gran río te presentí por la primera vez. En torno mío había un crecimiento irregular de formas y de plantas.



Sentíase un asalto creador salir de las entrañas del planeta, como si el fuego céntrico escapara por los heridos bronquios de un volcán. Tuve miedo de ti, de tu grandeza; de tu estatura cósmica; del ímpetu generador que surge de tus climas, y pensé en la súbdita muerte, para depositar en sus horizontales cápsulas de colmena que reposa en la noche, la soledad que impones, ¡oh, vida siempre habitada! al ser que huye de ti cuando apareces detrás de tus violentos atributos.

Otro día ante el mar de azules integrales y galopes de internos hipocampos, te presentí por la segunda vez. Bramaba el mar como soberbio toro, empujando escuadrones de barcazas, poblaciones enteras de pelícanos, colonias putrefactas de moluscos, macizas formaciones de coral y bancos de cangrejos y tortugas.

Volví a palidecer con tu inminencia, ¡oh, vida de propósitos enormes! impulsadora de los cataclismos que sufre el mar cuando su seno lanza islas llenas de seres embrionarios y mórbidos reptiles, atónitos ante la propagación de la luz.

Y te he de hallar uniendo los kilómetros de todas las distancias; en mí o en los abismos planetarios; en las pasividades del otoño; en las oxidaciones de lo físico; en la insurrección de los elementos; en la integridad de las piedras sepulcrales y en los naufragios que recuerde la memoria del mar. ¡Oh, tú, la verdadera y la enemiga!

LOS HOMBRES NUEVOS

Habéis llegado, hombres nuevos. En las más grandes penumbras, cuando toda aceleración de la actividad concluye; en esos instantes en que sostiégase el mundo físico y las órbitas lejanas oscurecen los nebulares puntos de sus ojos, escucho ruidos de algo que desarróllase para una vida enorme; un fragor de misteriosas ciudades subterráneas que empiezan a crecer a golpes de taladro, y hundidas sus raíces en bloques de cemento, mientras la sangre es aún profundidad, asombro y música imanada a la pulsación de las estrellas.

¡Qué terrible orbe mecánico nocturno! Mi corazón no puede sino contemplarle con el terror que la materia impone, y mi conciencia meteórica, sometida al temblor de choques dinámicos, semeja esos luceros que atraviesan el espacio como antorchas y convierten masas de sodios cósmicos en lívidas hogueras.

Ese es mi destino: arder entre soles enfurecidos y girar con el vértigo de los aros metálicos que aprisionan las válvulas del mundo; desgastar cual motor trepidatorio toda una trágica energía. Tolerar el gran peso de cantidades supremas y conducir a través de ese doble sueño que las cosas duermen, la desesperación más honda de mi espíritu.

Habéis llegado y vuestra estatura surge, como el rostro de los arcángeles satánicos, de nubes radiactivas y círculos de hidrógeno. Soportáis arquitecturas de plataformas planetarias y flancos de naves proyectiles. Soñáis que la masa veloz de un áspero satélite que se alimenta como la ira con ráfagas de fuego, para invadir los bosques dorados y las llanuras del sombrío otoño donde imperan las sienas de Saturno, con su diadema que le otorga poder sobre el misterio; soberbia de hermosura y majestad en el abismo.

¡Qué humillado el antiguo mar acude a vuestras plantas debatiéndose ante la destrucción de su grandeza, y cómo sobre latente cementerio de fósiles cretáceos, pisos de cal destruye vuestra furia!

La verde rosa del mar, custodiada por negros escualos navega hacia el olvido. En cada noche muere algo del viejo mar beligerante, asaltador de malecones y bajeles. Mas sus espumas ácidas, alternas, migratorias o encadenas a la ebullición que deja el llanto de los peces, sollozarán por muchos siglos entre sombras agrupadas con rigor de lienzo expiatorio sobre el dolor de mares atormentados por estallidos del infierno.

Habéis llegado a crear el Dios de la Nueva Fuerza Y a destruir los símbolos de la Fragilidad. Por eso los crepúsculos